

Inició y prosigue su andadura literaria en revistas locales de Albacete, si bien la mayor parte de su trabajo creativo sigue inédito. Ha concurrido a certámenes en su comunidad autónoma obteniendo, entre otros, el "Primer Premio de Relato Breve convocado por la Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha" (1996) y el "Primer Premio del Concurso de Cuentos Santa Tecla", convocado por la Escuela Superior de Informática de Ciudad Real.

José Ángel Sánchez Gil

(Albacete, España)

Sexto Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA FACULTAD DEL MUERTO

A los que juegan con la verdad los llaman cínicos. A los que lo hacemos con la realidad, locos. Mis clases acabaron tarde y antes de irme a casa decidí quedarme un rato en la Facultad ordenando los papeles. Era la tercera vez que me pedían el currículum desde el Vicerrectorado para el proyecto de investigación. No tuve más remedio que enfrentarme a mí mismo a través de aquel pesado trámite que documentaba mi vida profesional. Me fue imposible y fui vencido por la inercia. De un cajón saqué una petaca, que todo el mundo había descubierto ya que no era sólo ornamental, y bebí unos tragos. Desde el cercano despacho del Decano llegaba música de ópera, El barbero de Sevilla. El alcohol encauzó



mis pasos y abrí la puerta con espíritu faltón. No estaba en su despacho pero apareció desde el anejo de la Jefatura de Estudios al oírme, “hombre, no te hacía por aquí”. Desde un punto de luz cruzó una sombra de mujer grande, con un anacrónico moño, “vuelvo cuando tengas la sangre otra vez en la cabeza”. Pensé: y eso que decían que era maricón. Cerré el currículum en el ordenador, dejando mi vida incompleta, y salí. En el pasillo me crucé con una galerna de luto, los de la obra de teatro de fin de curso, La Casa de Bernarda Alba, cuyos actores eran casi todos alumnos míos, y apenas hablé para no delatarme como borracho. En mi casa no me esperaba nadie. Pensé en cenar en algún bar y fui al Vidal. De allí fui a la cafetería Planeta donde estaban los de siempre, y el resto de esa noche cayó en la nebulosa.

El policía leyó los datos que tenía escrito en una hojita, todos correctos, salvo uno, “soy titular de universidad, no catedrático”. Lo cambió sin rechistar y tomó aire para empezar el interrogatorio, pero me adelanté, “yo no lo he matado”. El policía quedó desconcertado, “perdone, pero no le iba a preguntar eso”, “pues lo debería usted haber hecho. Hay gente que confiesa en seguida”. El policía me tranquilizó, “no tiene usted cara de asesino”. “Bueno pues no se fíe porque esos son los peores, y los profesores somos unos grandes mentirosos. Se lo digo por experiencia”, y le guiñé el ojo, como un resalte en negrita. “Verá”, siguió un poco confundido porque se notaba que no estaba acostumbrado a tratar nada más que con chorizos de tercera, “tiene que decirme qué hizo ayer hasta la hora en que entró esta mañana a la Facultad”. Cogí mi pluma, un residuo fetichista, y en una hoja le periodicé todo hasta las dos de la mañana. Desde esa hora había un gran vacío, que en mi hoja completé con un metafórico “Aquí monstruos”, hasta las ocho de la mañana, en que me desperté entre

vómitos. El policía, lo leyó y retocó puerilmente los puntitos de íes y jotas. Al llegar a los enigmáticos monstruos lo volvió a leer con detenimiento sin encontrar el sentido. "De esas horas", le expliqué, "no me acuerdo de nada. Borracho". Eso no era de su incumbencia, ya lo aclararía con el inspector, "vale, ahora si no le importa pase a la sala del fondo donde le tomarán las huellas". Salí y atravesé el pasillo con los despachos semicerrados. Antes de llegar a la sala de profesores me encontré con Juan Bravo y nos fuimos juntos, "me siento como el día del análisis del espermiograma. Qué humillación", me dijo. Callé al llegar al pasillo y bajé la voz. La secretaria del Decano lloraba en un rincón su viudez administrativa. Algunos se levantaban y le daban un abrazo y un beso, sin que su supuesta sabiduría elevara lo más mínimo el nivel de consuelo de un ferretero, "es una desgracia. Ánimo. No somos nadie. Quién lo iba a imaginar. En la flor de la vida". Paqui afrontaba la muerte de su Decano con un acentuado síndrome de Estocolmo, aunque nadie se hubiera atrevido a sugerir ningún componente sexual. Llevaba una rebequita negra que probablemente tenía en el despacho para óbitos inesperados.

La medicación contra la esquizofrenia me estaba provocando cierta poliuria y me despedí de Juan para ir al servicio. Entré al retrete y me senté. Estaba cansado y asustado. Tenía una laguna en mi memoria, habitada por monstruos no tan metafóricos, y ese era el tiempo en que la policía situaba el asesinato. Con las últimas gotitas decidí, de manera arbitraria, que yo era el asesino. Podría haber vuelto de Planeta y matarlo. Mi única rémora consciente que evitaba mi culpabilidad personal es que la convicción, y los hechos, de que yo era un cobarde. Claro que el alcohol me podía haber dado valor. Juan, preocupado por mi tardanza, llamó a



la puerta, “te pasa algo”, “no, no, voy. Es la puta próstata”, mentí. Salí y esperamos el turno para tomarnos las huellas. Para aguantar la espera de las huellas la gente había sacado algunas sillas de los despachos y permanecía en silencio. Me recordó el velatorio de mi padre. Me apoyé en la pared y miré los rostros asustados. Una sonrisa discreta me afloró al recordar los moteles que utilizábamos en la Facultad a modo de artillería oral: Nosferatu, Carne Trémula, Forrest Gump, Cruela Devil, La Madre de Norman Bates, Mancebo Man, el héroe capicúa, Incitato, el sobrino del Rector, que se había defendido de las acusaciones de nepotismo con un argumento irrefutable: si Calígula nombró senador a un caballo por qué no podía hacer él profesor a un burro. Yo soy Macguiver, la irónica forma de decirme manazas.

Cuando terminamos era ya casi la hora de comer y los del departamento decidimos ir juntos a Casa Marlo. Llamé a mi madre que no paraba de llamar al móvil alarmada por las noticias que la radio difundía, “ahora vamos a comer, no te preocupes. No, nada de grasa, nada de marisco, nada de vino. Iré de artista invitado y sólo miraré”. Después de la tercera cerveza surgió la primera risa. Luego dijeron que fue la mía pero yo juraría que fue la de Margarita, Sisí. Paco, Tornasol, se empeñó en contarnos los detalles más morbosos porque él había sido el que lo había encontrado y tenía una cierta preeminencia que algunos envidiaban. “Al principio no noté nada. El sillón estaba girado y sólo se veía un ligero mechón de su cabeza. Pensé que estaría leyendo y esperé. Ya sabéis lo que le molesta, molestaba”, carraspeó como si el tiempo verbal le costase aplicarlo, “que lo interrumpieran cuando leía algún informe. Así que esperé diez minutos y juraría que todavía percibía su respiración. Salí y volví a entrar un poco después y seguía igual, así que fui hacía él, toqué el sillón y fue como una

de esas construcciones de palillos que se desmoronan. Cayó al suelo y me desmayé. Tenía el abrecartas clavado en el centro del pecho". Levanté los ojos y vi a los camareros con los platos todavía en la bandeja, hipnotizados, por el relato. Gloria suspiró y deshizo el hechizo. Los camareros se pusieron en marcha. En la comida habíamos tantos amigos como enemigos y la conversación era como tantear con las palabras el cieno del fondo "dónde estuviste tú", "¿y tú?", "dice la policía que fue de madrugada", "¿de madrugada?", "dicen que hay huellas", "¿huellas?". El eco nos cansó a todos y la comida languideció. No pedimos postre y tomamos los cafés de un trago como si fuese cicuta.

Llegué a mi casa y me dejé caer en el sofá. Puse la tele y en un informativo nacional salía la noticia. Con una toma fija de la fachada de la Facultad relataban la muerte del Decano de manera tenebrosa. Si yo no era el asesino había estado realmente cerca de él, o ella, porque ahora fui consciente de que probablemente al Decano lo mató la persona que estaba en la habitación contigua. Me fui a la cama y fue como cerrar una persiana. Soñé de manera inmediata porque me desperté y al mirar el reloj sólo habían pasado diez minutos. Veía a Daniel, sentado en su sillón, con aquellos ojos glaucos que expandía al reír, en lugar de entrecerrarlos, por un pliegue peculiar de los párpados. "Siéntate", me decía en el sueño y veía a su mano derecha el abrecartas que luego aparecería clavado en su pecho. Pero no sabía si era la noche del asesinato o quizás otro de los días en que me recibió. Si yo estaba en el sueño podía haber estado en el crimen. Abrí el cajón de la mesilla y doblé por mi cuenta la dosis. Pasé la tarde y la noche de manera estuporosa.



A las once de la mañana llegué a la Facultad. Aunque ese día se habían suspendido las clases estábamos todos, incluso los que no venían nunca. Las puertas abiertas de los despachos alentaban a pasar. Los de rastros habían sellado la puerta del Decano con una innecesaria cinta. Los conserjes estaban en su guarida, agrupados como ñus, y habían empezado a borrar los correos pornográficos del ordenador. Los de contabilidad pagaban las facturas atrasadas. Había un silencio de convento en donde profilácticamente todos se ponían en paz con la Administración. Los guardias de seguridad, Manolo y Benito, no habían visto nada. Confesaban sus pequeñas faltas: se dormían, llegaban tarde, se iban al centro a tomar copas y como penitencia entregaron los pequeños hurtos ya olvidados. La querida oficial, que muchos pensábamos que la tenía como disuasión contra su fama de marica, vestía luto de marca. Hoy era visitada por algunos profesores intentando consolarla. Me la encontré en la máquina del café y no supe qué tratamiento darle porque no sabía qué extraña viudez le correspondía. Viuda putativa, supuse. "A Electra le sienta bien el luto", le cité. No me entendió y permanecimos en silencio mientras la máquina hacía sus borborigmos hasta escupir el café. "Lo siento Inma. Sé que os queráis mucho, que os llevabais muy bien, quiero decir". Acababa de tintarse el pelo de platino radioactivo. "No te hagas el digno. Sé que no lo tragabas, que no le habías perdonado que te quitase la cátedra", y se fue. Sí, era cierto que lo odiaba, que quizá nadie fuera del entorno universitario es capaz de comprender qué extraño magnetismo entraña esa palabra, "cátedra", pero creía que no era suficiente para matarlo, aunque los sueños me dijese lo contrario. Entré en un par de despachos contiguos, Medieval e Historia Moderna, como si se hubiesen distribuidos por afinidades cronológicas, buscando charleta. Pronto se fueron



agregando buitres que picotearon la carnaza del Decano como si su cadáver estuviese allí de manera física. Había una lucha por hacerse el interesante, "yo fui el último que lo vi. Serían las ocho de la tarde. Me dijo que iba a mandar un correo a Honduras y que era la mejor hora"; el de inglés, "yo lo notaba preocupado durante toda esta semana. Imaginé que sería por el tema de la plaza de su hijo"; el de francés, "a mí me confesó que estaba harto, que no aguantaba más la presión"; el de Historia Contemporánea, que era maricón, "dicen que era homosexual. Quién se lo iba a imaginar". En esta especie de subasta sedicente, Jaime creyó conseguir el premio de la atención y bajando la voz susurró, "yo sé quién lo ha matado". El corro se cerró sobre él y extrajo un trozo de papel impreso, roto, unido con papel celo y en el que se podían leer las palabras, Muerte y Decano. Los derrotados augures se retiraron y Jaime quedó vencedor con aquellos trozos de papel en la carpeta de plástico. El silencio lo rompió un profesor de Arte, Manuel, hijo de abogado, "estás cometiendo un delito al ocultar pruebas" y cogiendo la bolsita como si fuese un preservativo lleno la llevó al despacho que todavía ocupaban los policías. El inspector, al que ya todos conocíamos, por Hamfry por su parecido con el actor, cogió la prueba y nos ordenó que no saliésemos del edificio y entró en un estado frenético de llamadas telefónicas.

La Facultad entró en ebullición. Algunos desconocidos, que ahora sabíamos que eran periodistas, echaron a correr. Se creía posible la inmediata detención del asesino. Estaba drogado por las pastillas y tuve que ir a mi despacho a echar una cabezadita, que me confirmó de manera onírica mi intervención en el asunto. No duró mucho porque un ruido de marabunta me despertó y como heraldos aparecieron por los pasillos los jefes de gabinete, vicerrectores y demás cohorte del Rector.



Recientemente le habían quitado el tratamiento de Excelentísimo y la púrpura aparecía más desvaída y hasta su tamaño disminuido. Entró Juan Bravo, Braveheart, "el Rector nos quiere en el salón de actos". Joder, y ahora el Rector, pensé. Los profesores salieron desde sus habitáculos y acabamos estabulados en el salón de actos, sentados en un jerárquico semicírculo servil. "Los hechos acaecidos son muy graves. No todos los días se asesina a un Decano, afortunadamente, pero eso no puede forzar la paralización de la actividad universitaria. Este es el ámbito de la libertad, bla, bla, bla". El resto era lo de siempre y Luis no terminaba de darse cuenta de que no estaba en campaña electoral. Me salí, no podía aguantar solo mi culpa, y me justifiqué con una señal hacia la bragueta. Sólo los prostáticos me entendieron sin ofensa. Me tropecé con algún rezagado que acudía corriendo. La Jefa de Estudios me miró con cara de loca como si yo fuese un conductor suicida que va en sentido contrario, "pero dónde vas, si el Rector está allí". Ella, mujer, no me entendió cuando le señalé la bragueta y aceleró más su carrera. Por fin llegué al despacho de operaciones. Llamé y como en la mili entré sin esperar respuesta. Humfry, moreno, pelo blanco, ojos azules, traje clarito, calcetines rojos, todo un arco iris, estaba abstraído. "¿Sí?", levantó los ojos del papelito donde aparecían las palabras "muerte y Decano". "Señor inspector, creo que he sido yo". No sé por qué había desechado en mi mente aquella figura que había visto en la pared del Decano. Se le cayó el papelito de las manos y pulsó de manera involuntaria una alarma que no tenía la mesa. "Siéntese, por favor". Seguro que a los chorizos no los trataría así, pero yo era un asesino con estudios y las formas eran las formas. No necesitaba muchos preámbulos, "creo que he sido yo, pero tampoco estoy muy seguro. Soy un esquizofrénico y durante las últimas semanas había dejado la

medicación. Desde el día del crimen, cada vez que mi cabeza desconecta, recreo en sueños el asesinato del Decano. Veo en mi mano el abrecartas. Veo sus ojos. Todo como si hubiese sido un sueño, una nebulosa que me envuelve y que, más que datos, me da señales. Creo que en las próximas noches mi cabeza me dará la solución". El inspector arco-iris mezcló los colores mesándose los cabellos, estrujándose la ropa y escupiendo el humo del tabaco. "Es la primera vez que un asesino en sueños se entrega. Si usted no recuerda casi nada, tendremos que ser nosotros los que rehagamos su vida". Se levantó y salió. Al momento llegó con un subalterno para escribir mi declaración. El inspector tragó aire para lo que nos esperaba, "ahora tomaremos unas notas preliminares, pero lo mejor es que el resto lo hagamos en la comisaría. No debemos alentar habladurías quedándonos aquí". Me entregó una tarjeta donde estaba su número personal y al lado me apuntó otro, el de un psiquiatra, Córcoles, el antediluviano. Durante la semana siguiente hice una inmersión psicoanalítica en sus manos, aunque antes tuvo que repintar los blasones freudianos ya olvidados. Nos quedamos atascados en el complejo de Edipo y decidió introducir la hipnosis. Avanzamos poco en lo del asesinato pero descubrí, horrorizado, el odio a mi padre, a mi madre y a todo familiar, salvo a mi tía Emilia, a la que creía detestar. El único efecto benéfico es que dejé de fumar. Ya se había filtrado a toda la Facultad, incluso a toda la ciudad, mi implicación en el asesinato y se hablaba de mí como de un asesino en serie, un nuevo Jack, el Destripador. En el periódico local, La Tribuna, hubo una editorial titulada "En qué manos están nuestros jóvenes", dónde el fondo no desmerecía el titular. En Cartas al Director se hizo un ataque en toda regla al sistema universitario. Yo dejé de ir, mientras duraba la terapia, a la Universidad por recomendación de todas las partes, incluida



mi exmujer. Dormía a todas horas, intentando encontrar la solución, pero más que un duermevela era una especie de yenka onírica, en donde lo que avanzaba en un sueño lo retrocedía en otro. Había momentos en que me levantaba culpable y otros en que descartaba totalmente mi implicación.

Un día, al llegar de la terapia, encontré una nota de la vecina de al lado, "lo siento, pero vivo con miedo. Sé que quizás le juzgue mal, pero hasta que no se resuelva el caso me voy casa de mi hermana. Perdóname". Esta última frase estaba escrita con otro bolígrafo, como si hubiese sido escrita después, en un tiempo que la vecina había perdido el bolígrafo original, o bien por otra persona, más piadosa. Después de eso empecé a beber. No mucho, sólo lo suficiente para recuperar el valor de volver a la Facultad. Me recibieron bien, cínicamente bien, con un punto de respeto que agradecí hasta que caí en la cuenta que lo que pasaba es que estaban aterrorizados. Creerán ustedes que ello me acomplejó, que abandoné, que me sentí despreciado. Pero sin embargo hubo algo en mí, que no llegó a descubrir el inútil de Córcoles, que hizo que recuperase mi dignidad perdida después de tantos años de adocenamiento, personal y profesional, y recuperaré junto con mis clases, la autoestima. Teresa vino a pedirme con retorcimientos de manos, biqueo, perifrasis, repeticiones, con cien aclaraciones del estilo de "en ningún momento hemos pensado que seas tú, nada más alejado de nuestra intención", y demás jalea real incomedible, que por favor dejara de ir al Centro. Según ella si yo seguía allí lo cerrarían y claro que yo era fijo, pero que pensara en todos los interinos como ella, que se jugaban el pan de sus hijos, "pero Teresa, si tú estás soltera", "joder, no me hagas esto más difícil. Es una metáfora, precisamente tú deberías saberlo que tanto las utilizas". En un afán de

ganarse la confianza y con un gesto de máxima fraternidad, me tocó con el índice el hombro, y lo dejó allí un instante insufrible, como si fuese una ordaña sobre mi culpabilidad: caliente, culpable; frío, inocente. No le di tiempo de tomar la temperatura y me fui sin contestarle.

El inspector arco-iris mientras tanto seguía las pesquisas. Lo de muerte y Decano, se declaró insuficiente como prueba porque hacía referencia a un partido de fútbol para la Fiesta de la Facultad, entre "Los que están a muerte con el Decano" y "Los que están a muerte con el Administrador", y que había estado expuesto en el tablón de anuncios. Sin embargo había otra pista más fiable, ya que según me dijo el inspector, que cada vez perdía más fe en mi culpabilidad, en el laboratorio habían descubierto que lo que al principio creyeron residuos de cola era semen, melaza desmelazada por una vasectomía, y parecía que también restos de flujo vaginal aunque antiguo, lo que descartaba mi teoría homosexual. Todo sería coser y hacer la prueba del ADN. Aquella noticia que me descartaba aparentemente como asesino, hizo que fuese acogido en el reino de los justos. Primero fue mi madre, "perdóname hijo, pero llegué a pensar que habías sido tú". Luego llegó una pequeña cohorte, encabezada por la inefable Teresa que ya se atrevió a poner toda la mano en mi hombro, aunque esta vez fui yo el que le dijo que hasta que no me asegurara que su fluido vaginal no estaba en la mesa del Decano prefería no arriesgar mi puesto. Se retiró ofendida, afortunadamente.

Eran doce las profesoras de la Facultad y ellas fueron las vestales perseguidas por nuestras miradas que se dirigían sin pudor a la fuente del mal. Lo del chiste de "fuente" favoreció la opinión que se tenía del Decano sobre su tendencia sexual y el hecho de haber utilizado su mesa como ara



del sacrificio. Todos pensamos que el cordero, cordera en este caso, sería Susana. A pesar de su paradójico nombre era la única que veíamos capaz de ser la que yaciera, postura sedente en este caso, con el Decano. La tácitamente aludida, que sabía su destacado puesto en el ranking de sospechosas, no dudó en pasearse por toda la Facultad con un botecito para los análisis de orina en donde yacían, aquí sí, sus fluidos vaginales. Cuando quedó descartada, el resto, alentadas por aquel gesto, pasó por el laboratorio de la policía que confirmó que ningún perfil de ADN se correspondía. Las clases estaban a punto de acabar y la policía urgía las investigaciones porque sabía que pronto perdería a los profesores que teníamos reservadas las vacaciones de verano. La prensa, que al principio había azuzado las bajas pasiones de esta mortecina ciudad, perdió todo su interés en el asunto. El vicedecano, aclamado como el emperador Claudio, vagaba por los pasillos buscando un sustituto, creyendo que el decanato tenía una maldición que en cualquier momento también lo abatiría.

Con afán gregario casi todos entrábamos y salíamos juntos de la Facultad para tener esa unión como coartada. Me despedí de Córcoles con una freudiana mariscada y dos puros habanos, “algunas veces un puro es sólo un puro”, dijo remedando a su maestro. Le dijimos adiós sin rencor a nuestro reino de Ítaca donde yo había sido la Penélope que destejía con la lucidez del día la culpabilidad de la noche. “Olvidate, esto no es de médicos sino de policías, y yo no soy uno de cerebro”. Acabé las clases como pude. A casi todas las actrices de la obra, ya lo he dicho, les daba clase de Estética. El director, Paco Redondo, seguidor de Stanilaski, les hacía seguir el método y ya cercano el día del estreno aparecían vestidas de luto de pueblo: toquilla, mandil y zapatillas, sin que sus diáfanos

miradas de normalidad consiguiesen evitar mi risa interna. Es cierto que en alguna, de estética gótica, apenas se notaba la transformación. Creo que ellas valoraban mi opinión y me pidieron que asistiese a la obra. Así que ese día convencí a Braveheart para que me acompañase. Nos sentamos en las últimas filas, preparados para la retirada, en previsión de una función plúmbea. Mis prejuicios fueron rápidamente vencidos por la obra. Me fascinó contemplar a aquellas chiquillas transformadas, por lo que se ve el método funcionaba, en Magdalena, Adela o Martirio. Hasta Paco había interiorizado el sentido trágico de la muerte, heredero, a pesar de su cuerpo de percherón, de los mitos clásicos. La boutade de "estoy sacando la mujer que llevo dentro", se había transformado en verdad y, sin ofender al sanedrín gramático, se podía decir que Bernarda estaba magnífico. La obra iba en crescendo como una tormenta, una ola que nos tenía sobrecogidos. El Rector, que había hablado durante el inicio de la obra por el móvil, estaba petrificado en su sillón. Sobre el escenario Pepe el Romano había huido en su jaca y Adela, quién iba a imaginar que aquella actriz era la misma chiquilla apocada que se ruborizaba ante cualquier pregunta mía, ahora se enfrentaba a su madre y a sus hermanas, sobrecogiendo al auditorio. Empecé a maldecir interiormente tantos siglos de Bernardas. "Silencio. Silencio, he dicho. ¡Silencio!", bramó la Furia en el centro del escenario, convertida en un ser andrógino. El iluminador atenuó las luces y un foco diáfano troqueló la esfinge de Bernarda en la pared blanca. De pronto mi cuerpo se fragmentó en las piezas de un puzzle que un niño deshacía, volviendo a su estado primario de caos. En aquella moneda lorquiana confluía la luz y la sombra de la esquizofrenia sobre el escenario. Que Paco Redondo, o Bernarda, fuesen culpables no era lo importante, sino que la realidad y la verdad eran, por una vez, lo mismo.